



LA HERTE DE UNA HERMANA DE LA CARIDAD.—(Código de M. Pils.)

JUAN DE LA ENCINA.

Estaba próxima una época de grandeza y gloria para España; iba á principiar el feliz reinado de los Reyes Católicos, cuando uno de los poetas que mas brillaron, y de los que mas lustre dieron en el siglo XV á la literatura española, vino al mundo. En 1408, un año antes de que recibieran D. Fernando y Doña Isabel la bendición nupcial en la catedral de Valladolid, nació JUAN DE LA ENCINA en Salamanca.

Estudió este insigne varón en la célebre universidad que le viera nacer, protegido del maestrescuela D. Gutierre de Toledo, hermano de D. García de Toledo, conde de Alba. Aprovechó tanto en el estudio, que habiendo pasado á la corte, fué colocado antes de los veinticinco años de su edad en la casa y familia de D. Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa Doña Isabel Pimentel. Al servicio de los duques permaneció mucho tiempo; no se sabe con qué motivo pasó á Roma, en donde residió algunos años, cultivando con esmero las letras y la música, en la que llegó á ser un eminente profesor. Por su mérito, el papa Leon X le hizo maestro de la capilla pontificia.

En el año de 1519, habiéndose ordenado antes de sacerdote, hizo un viaje á Jerusalem en compañía de D. Fadrique Enriquez de Rivera, primer marqués de Tarifa. Vuelto á Roma en aquel mismo año, continuó de maestro de la capilla, hasta que Leon X ó alguno de sus inmediatos sucesores premió sus méritos con el priorato de Leon. Volvió á España y murió en Salamanca cuando iba á cumplir sesenta y seis años de edad (1).

Fué JUAN DE LA ENCINA uno de los mas doctos poetas del siglo XV, y el que perfeccionó en mucha parte nuestra poesia. Estudió con esmero el arte, y fruto de su estudio fué una *Poética*, de las primeras que existieron en castellano, y en la que se halla todo lo que podía escribirse en aquel tiempo. Por ella se conoce que Encina poseía el arte, y sabía muy bien las condiciones que deben adornar al verdadero poeta.

La primera coleccion que publicó de sus obras (2), cuando esta-

ba al servicio del duque de Alba, y su *Troja*, que lo fué en el año de 1521, dan á conocer que se ejerció en diversos géneros de poesia.

No se conservan todas sus composiciones; pero se sabe que sus caracteres distintivos eran la dulzura y naturalidad. Sobresalió particularmente en la letrilla, á la que dió gracia y facilidad, como se puede ver por la siguiente estrofa:

Ay! triste, que vengo
vencido de amor,
¡magüera pastor!
Mas sano me fuera
no ir al mercado,
que no que viniera
tan aqueyenciado:
que vengo, cuidado,
vencido de amor,
magüera pastor, etc.

Tambien nos da muestra de su facilidad en la composicion que llamó *Eco*:

Aunque yo triste me seco,
Eco
Retumba por mar y tierra,
Yerra,
que á todo el mundo impertina.
Uas.
Es la causa solo dello,
Ella.
Sonora siempre jamas,
Mas
Adonde quiera que voy
Hoy
Halló mi dolor delante,
Ante
Va con la queja cruel.
El,
Banda á la amargura, etc.

(1) Creese que está enterrado en el claustro de la catedral (llamada Vieja) de la ciudad en donde nació.

(2) Diólo al título de *Castroreio*, lo dividió en cuatro partes, y dedicóla á los Reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe D. Juan, y á D. García de Telo, primogénito de los duques.

JUAN DE LA ENCINA, célebre por sus composiciones, adquirió aun mas renombre y fama, por ser el primero que introdujo verdaderas representaciones, y puede decirse que con él principió el teatro español.

Dió el nombre de *églogas* á la mayor parte de sus piezas dramáticas, y efectivamente no merecen otro. El argumento en todas es sencillísimo, y apenas ofrece enredo; se reduce á breves diálogos entre pastores, introduciendo, aunque rara vez, alguna zagala y personas de otra categoría.

Con el título de *églogas* se conservan ocho. Compuso tres expresamente para que fueran representadas en la noche de Navidad, y dos en la *carol*, antrejos ó carnaval. Otras dos en las que dos pastores enamorados de una zagala requieren de amores; una y otra tienen el mismo argumento, están bien descritos los caracteres; su estilo es fácil y tienen buena versificación. Véase el siguiente trozo de un villancico que pertenece á la *égloga*, en que finaliza el argumento.

Al amor obedecemos
con muy presta voluntad;
pues es de necesidad,
de fuerza virtud hagámos:
al amor no resistamos,
nadie cierre á su llamar,
que no le ha de aprovechar.

Amor amansa al mas fuerte,
é al mas flaco fortalece;
al que menos le obedece
mas le aqueja con su muerte;
á su buena ó mala suerte
ninguno debe apuntar,
que no le ha de aprovechar.

Amor muda los estados, etc. (1)

Escribió otra *égloga*, á la que se puede dar el nombre de *Fileno y Zambardo* (2). Se diferencia de las anteriores en que está en coplas de arte mayor, única que ha quedado de ENCINA en este metro. En ella resalta el estilo y la pureza del lenguaje, y sus versos no carecen de mérito. El pasaje siguiente demuestra lo que acabamos de decir; en él Fileno declama contra los vicios de las mujeres.

Desde el comienzo de su creación
Torcíola muger el vero camino;
Que menospreciando el mando divino,
A sí y á nosotros causó perdición;
De aquella en las otras pasó sucesion
Soberbia, codicia é desobediencia,
Y el vicio de halla mayor resistencia
Aquel mas seguir su loca opinion.

Discretas son todas á su parecer;
Si yerran ó no, sus obras lo digan.
¿Dime si viste en cosa que sigan
Mudanzas é antojos jamás fallar?
E si aborreciendo nos muestran querer,
Si penando nos muestran folgarza,
Yo, á los que en ellas han puesto esperanza,
Te puedan de aguesto bien cierto hacer.
El tiempo no sufre, etc.

Llamó representaciones á otras piezas que tenían por objeto poner en escena asuntos principales, ya religiosos ó ya profanos. De estas, una representaba: *La muy bendita pasión y muerte de nuestro precioso Redentor*. Otra *La resurrección de Cristo*; y la tercera, que fué representada ante el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, tiene por objeto demostrar la influencia que el amor ejerce sobre el corazón humano. Personificado el Amor en esta representación, tiene un razonamiento lleno de facilidad y galanura, como puede conocerse por el siguiente trozo:

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holgarza,
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos,
yo consuelo y desconsuelos,
yo ventura y desventuras,
Doy dichosa y triste suerte,

doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiero y yo soy manso,
yo soy fuerte,
yo doy vida, yo doy muerte:
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuidados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones, etc.

El *Auto del Repelón* (que tituló ENCINA), en nada se diferencia de sus *églogas*, y no sabemos por qué le dió tal nombre: es acaso en este género su peor composición; el lenguaje es en extremo grosero y desafiado.

De su farsa de *Plácido é Vitoriano* solo se conserva el nombre. Se imprimió en Roma en el año de 1514. El autor de *El dialogo de las lenguas*, al hablar de ella, lo hace con elogio, y la prefiere á todas las demás de ENCINA. La Inquisición prohibió esta farsa en 1539.

Todas las piezas dramáticas de que hemos hablado, se representaban en la casa del duque de Alba, ya en el oratorio cuando eran sobre asunto religioso, ó ya en algun salon alhajado al efecto cuando era el asunto profano. Asistían á estos espectáculos los principales personajes: el duque y duquesa de Alba, D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, D. Íñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe D. Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de la corte. ENCINA mismo dirigía estas representaciones y sola tomar á su cargo algun papel.

Sus piezas, dijimos, ofrecían poco interés, porque en ellas no habia enredo; pero si por su mérito intrínseco no merecen demasiado elogio, JUAN DE LA ENCINA es acreedor al agradecimiento, que de justicia se le debe, por haber sido el primero que abrió el camino á los Lopes de Vega y Calderones. ENCINA, ya en sus últimas piezas dramáticas, toca muy de cerca la verdadera comedia. Sin embargo de que no llegó á este culminante punto, creemos que se le debe reputar como el primer poeta cómico español.

La coleccion de sus obras se publicó en Salamanca con el título de *Cancionero* en los años de 1496 y 1509, en Sevilla en 1501, en Burgos en 1503, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516. Se hicieron después varias ediciones; pero todas han desaparecido, y es rarísimo el ejemplar que hoy se encuentra.

JUAN ORTIZ GALLARDO.

TEATRO DE MENDOZA.

D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA, nacido según parece á fines del siglo XVI en un lugar de las montañas de Burgos, é hijo de muy noble casa, fué caballero comendador de Zurita en la orden de Calatrava, secretario de cámara y de justicia del rey D. Felipe IV y del consejo de la suprema Inquisición. Su gran talento y erudicion, y su rica vena poética, unidos á lo ilustre de su cuna, le colocaron en tan brillante posición en la esplendorosa corte del Buen-Retiro, que por muchos años compartió con Lope, Calderon, Quevedo y otros ingenios privilegiados, el favor del monarca, el aplauso de la corte y la estimacion del público. Conocíase por el dictado de *El discreto de Polacio*, ó como decía Góngora, *El avogado lego*, y casi todas sus obras líricas y cómicas, escritas espresamente, demuestran que aquel primer título equivale al de poeta de cámara, con que fué largo tiempo considerado.

Indudablemente aparece de dichas obras la escelente disposicion de HURTADO DE MENDOZA para la poesía, su abundosa vena, su elevada entonacion y su variado estudio; pero dejase arrastrar mucho mas de lo que convenia de aquella exageracion y amaneramiento propios de la escuela gongorina, de aquella sutileza de conceptos, de aquel discreto de la frase, que rayando muchas veces en lo incomprendible y tenebroso, era y es siempre ridiculo á los ojos de la razon y de la critica sensata.—Esta desdichada mania que arrastró á todos ó casi todos los grandes ingenios contemporáneos, á pesar de que todos la censuraban, tuvo en MENDOZA tan ferviente servidor, que apenas una ó otra de sus composiciones, especialmente líricas, pueden hoy leerse, y ni aun leídas pueden comprenderse sus altisonantes conceptos, por mucho que halague al oído su armoniosa entonacion.—Francamente lo decimos, no podemos llegar á comprender qué público y qué gusto eran aquellos que se entusiasmaron con tales primores, que comprendian tales laberintos, que simpatizaban con tan misteriosas imágenes, retruécanos y figuras. Lo cierto es que hoy por hoy no los acertamos siquiera á descifrar, y que ni aun nos tomaríamos el trabajo de leerlos, si sus autores no hubiesen dejado otras obras en que brilla despejado su talento, su inspiracion y su estudio.

(1) En la Coleccion de Bibli de Faber se hallan estas dos *églogas*.

(2) No debe confundirse esta *égloga* con una comedia que tiene el mismo título.

De las obras líricas de MEXOZA nada mas debemos decir, sino que á pesar de aquellos esenciales desvaríos, y tal vez á causa de ellos, fueron calificadas (como dice la portada de las mismas, impresas primero con su vida y posteriormente reunidas con sus comedias), de *suave, digno aliento de aquel canoro cisne, el mas pulido, mas cesado y mas cortesano cultor de las musas castellanas*; y en cuanto á sus piezas dramáticas, ya Montalván habia dicho en su *Para todos*, que «Don ANTONIO DE MEXOZA era, si no el primero, de los primeros en esta clase de ejercicio, como lo confirman tantos aplausos repetidos en los teatros».

Prescindiendo pues de aquellas, cumple á nuestro objeto presente examinar y apreciar los títulos de MEXOZA como poeta dramático, y colocarle en el que á nuestro entender le corresponde entre el sublimado asienso á que le elevó en vida la adulacion cortesana, y el absoluto olvido á que le relegó luego la posteridad.

Una docena de comedias son las que forman todo el repertorio de este autor, y al menos en esta economía (que en diversos pasajes de ellas hizo constar) dió á entender su prudencia, y la timidez con que dejó la lira para revestir la peligrosa máscara de Talla. No podía sin embargo desprenderse de su elevada entonacion y lírico estilo, y como por otro lado las escribía para ser representadas en los teatros del Buen-Retiro y de Aranjuez, ante aquella corte ceremoniosa, culta y académica, tomaba ocasion de cualquiera asunto, de cualquier situación, de cualquier parlamento para soltar el torrente de su abundosa vena, para dar rienda suelta á su elevada fantasia, y colocar en boca de sus personajes una coleccion de odas y endechas, silvas, sonetos, quintillas y estrambotes, que faltaban las mas veces á la verdad, entorpecian la accion y ofuscaban los caracteres, pero que sin duda eran el estilo único y propio que debía resonar bajo los dorados arcos de aquellos regios palacios.—Especialmente en la comedia titulada *Querer por solo querer* (inmensa composicion que ocupó nada menos que ochenta páginas de impresion, y consta de unos seis mil y cuatrocientos versos), representada por las meninas de la reina en el palacio de Aranjuez con ocasion de una gran fiesta á los cumpleaños de S. M., encerró MEXOZA un tomo entero de poesias, á vueltas de un argumento fantástico y caballeresco, con sus gigantes y cananos corrientes, sus princesas Zelfaduras y príncipes canivos, Cupidos y endriagos, especie de menestra muy á propósito para merecer el anatema del cura y el barbero de Cervantes, pero muy del caso para hacer la pompa de la corte, las gracias y talentos de las damas de Palacio, y lo augustó y magnífico de la solemnidad. El mismo autor lo manifiesta así en el acto segundo de la misma comedia, lamentándose de que las meninas de Palacio le pedian

Un soneto en cada verso,
ni desden en cada topla,
y á cada plana un soneto.

Y á la verdad que no podemos menos de compadecer á aquellas ilustres damas que tuvieron que aprender y recitar tan espléndido repertorio de sutilezas, y á aquel augustó auditorio que hubo de sufrir su representacion (as cinco ó seis horas mortales que por un cálculo prudente debió durar).

Pudéramos escoger infinitos trozos de dicha comedia como acabadas muestras del estilo alambicado, del gusto que se apelidaba cortesano, y algunas de verdadero mérito poético, como las sonoras óctavas puestas en boca de la princesa Claridiana; pero preferimos optar por una sola que con mas claridad y tersura encierra un pensamiento noble y filosófico. Consiste en un bello soneto que dice de este modo:

Amable soledad, muda alegría
Que ni escarmentos ves ni ofensas horas,
Segunda habitacion de las auroras,
De la verdad primera compañía;
Tardé buscada paz del alma mia
Que la vana inquietud del mundo ignoras,
Donde no la ambicion turba las horas,
Y enteró nace para un hombre el dia;
¡Dichosa tú, que nunca das venganzas
Ni de palacio ves con propio daño
La ofendida verdad de la modanza,
La sabrosa mentira del engaño,
La dulce enfermedad de la esperanza,
Ni la amarga salud del desengaño!

Probablemente pertenecería tambien al género sublimado que se fastaba en palacio, otra comedia escrita por MEXOZA en union con Quevedo, que se representó con grande aparato en los jardines del conde de Monterey, en el Prado de Madrid, y fué parte de la fiesta con que obsequió á SS. MM. el conde-duque de Olivares la noche de

San Juan de 1651. Segun la relacion de dicha fiesta, que inserta Pellizer en su *Tratado histórico sobre el origen de la comedia*, llevaba esta por título *Quien mas mente nodra mas*, y fué escrita por dichos autores en solo un día, lo qual no prueba mucho en pro de su bondad; pero de todos modos es sensible que no se haya conservado para que pudiéramos juzgarla ahora.

Mas merece quien mas ama, es tambien comedia heroica de príncipes Felisardos y princesas Fidefindas, y escrita tambien en el estilo que podremos llamar *de día de fiesta* para MEXOZA. Pero en medio de sus laberintos y primores, hay un gracioso Burro que la echó de crítico literario, y en cuya boca pone el autor una sátira de estas mismas comedias fantásticas. Verdad es que á renglon seguido halla el mismo su disculpa en los consabidos descargos del gran Lope, y con su mismo ejemplo, á saber, el gusto del público y la abundancia de su vena poética.

«Un poeta celebrado
y en todo el mundo esculente,
viéndose ordinariamente
de otro ingenio murmurado,
de que siguiendo á un galán,
en traje de hombre vestia
tanta infanta cada dia,
le dijo: «Señor D. Juan:
si vuesaerced satishecho
de mis comedias murmura,
cuando con gloria y ventura
novecientas haya hecho,
verá que es cosa de risa
el irle: y serdo á su nombre,
las sacará en traje de hombre
y aun otro dia en camisa.»
Dar gusto al pueblo es lo justo,
que allí es necio el que imagina
que nada busca doctrina,
sino desenfada y gusto.»

Á pesar de la atrevida idea que expresa MEXOZA en los cuatro últimos versos, y á pesar de su compromiso oficial para el surtido de héroes y princesas á el palacio real, tenía demasiado talento para no ensayarse tambien en otro género mas importante y propio de la comedia, el género de costumbres, ó de *capa y espada*, como entonces se llamaba; y no solo lo hizo, sino que á nuestro entender, con notable acierto en las comedias de *Cada loco con su tema* ó *el monesniés indiano*; *Los empeños del mentir*, *Los riesgos que tiene un cocho*; y sobre todo en la notabilísima por mas de una razon, titulada: *El marido hace mujer*, y el trato *muda costumbres*.

Muchos años hace que prendados de la oportunidad y filosofa del argumento que formó la accion de esta preciosa comedia, del ingenioso arificio, de la verdad y energia de los caracteres en ella desplegados, y hasta de la pureza, sobriedad y correccion de su estilo, emprendimos atrevidamente su refundicion con el objeto de poderla presentar á la pública escena, con aquellas condiciones de forma que el rigorismo clásico exigia por entonces. No es de este lugar el explicar las razones por qué no llegó á representarse entonces ni despues, ni el original de MEXOZA, ni la refundicion. Tampoco parece del caso entrar á encarecer el escaso mérito de este trabajo, ni tampoco queda ya espacio suficiente para hacer de la bella creacion de MEXOZA el análisis que reclama. Unicamente diremos que la razon principal que además de su mérito intrínseco nos movió á exhibirla del olvido, fué un sentimiento de patriótico orgullo, por creer haber hallado en ella el modelo que tuvo presente el gran Molière, cuando escribió su celebrada pieza titulada *L'ecole des maris*, y el deseo de reivindicar para nuestro antiguo teatro la gloria de la originalidad de tan excelente drama.

Su incomparable traductor, nuestro célebre Moratin, en el discreto prólogo que escribió para colocar al frente de su traduccion, indica que se creyó un tiempo que dicha comedia era una imitacion hecha por Molière de *La discreta enamorada*, de Lope; y á decir verdad, no sabemos cómo Moratin acogió esta idea, pudiendo comparar ambas comedias, y ver que solo en la escena cuarta del acto segundo, en que Doña Rosita se vale del conducto de su mismo tutor para corresponderse con su amante de una manera tan ingenua, es en la que Molière pudo haber tenido presente otra escena semejante de la de Lope.

Pero donde puede sospecharse que halló aquel gran maestro el verdadero modelo de su comedia, es en la que acabemos de nombrar de nuestro MEXOZA, *El marido hace mujer*, y el trato *muda costumbres*, pues en ella no solo es idéntico el argumento, destinado á probar que la templanza y el cariño pueden mas con la mujer que el rigor y los celos, sino que está tambien presentado del mismo modo, con el ejemplo de dos hermanos de opuestos caracteres, con casi idénticas situa-

razones, con la misma economía de acción, con las propias ideas y razonamientos, y hasta con la coincidencia del nombre de una de las damas. Siuviéramos el espacio necesario para ello, probaríamos hasta la evidencia, con la comparación de ambas comedias, que el gran Molière para escribir la suya tuvo muy á la vista la española, siendo esta otra de las ocasiones en que buscó en el inmenso arsenal de nuestro teatro armas bien templadas para lucir su ingenio y bizarría, como en el *Festín de Pierre*, *La princesa Elide* y *Las femmes savantes*, que no son más que imitaciones más ó menos felices de *El comendado de piedra* de Tarso, *El desden con el desden* de Moreto, y *No hay burlas con el amor* de Calderón.

Por último, y aun en el caso de suponer que Molière, tan aficionado á la literatura española contemporánea, ignorase la existencia de la comedia de MENDOZA, nadie podrá sin embargo negar á este la prioridad en haber trazado un argumento tan altamente cómico y moral, pues que dicha comedia fué representada en el palacio de Madrid en febrero de 1645, y la de Molière no apareció hasta diez y ocho años después, estrenándose la noche del 12 de junio de 1661, en casa del superintendente de hacienda, Fouquet, con motivo de una fiesta que consagró este ministro á la reina de Inglaterra.

Dijimos arriba que el deseo de salir á la defensa de nuestro pabellón literario, y señalar ese ignorado trofeo, que con razón pudiéramos añadir á los muchos que forman su aureola de gloria, nos inclinó á sacar del olvido la excelente comedia de MENDOZA, y refundirla ó reovertirla no más que lo necesario para poder ser presentada con éxito en la moderna escena, lo cual no llegó sin embargo á verificarse. Posteriormente y habiéndolo sido con éxito en el teatro del Drama *La escuela de los maridos* traducida por Moratin, y en el del Príncipe *La Gabriela* de M. Augier, trasladada á nuestra escena por los señores Hartzembusch y Rosell, con el título de *Jugar por tabla*, y que también gira sobre el mismo argumento, no pudimos resistir á la tentación de llamar la atención del público y de los eruditos sobre la ignorada y primitiva originalidad de nuestro MENDOZA; y al efecto dirigimos una carta á nuestros amigos los señores D. Manuel Cañete y D. Eugenio de Ochoa, ilustrados críticos de *El Herald* y de *La Espartera*, haciéndoles presente aquellas sospechas, é invitándoles á entrar en esta agradable polémica, teniendo la satisfacción de que ambos juiciosos y excelentes censores convinieran absolutamente con nuestras ideas en este punto, y aun añadieran nuevas y luminosas observaciones para corroborar la presunción á favor de nuestro olvidado MENDOZA, y sobre el cual aprovechamos esta nueva ocasión para llamar la atención y el aprecio del público.

H. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS (I)

DE D. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.

- * Cada loco con su tema, ó el indiano montañés.
- Celestina (la).
- Don Juan de Espina en Milan.
- * Empeños (los) del ventur.
- * Marido (el) hace muger, y trato muda costumbres.
- * Mas merece quien mas ama.
- * No hay amor donde hay agravio.
- * Querer por solo querer.
- Quien mas miente medra mas. (Con Quevedo.)
- Biesgos (los) que tiene un óche.
- Sucesos prodigiosos de D. Pedro Guerrero.
- Zelos sin saber de quien.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO DE NAPOLEON.

- «No pasarás de aquí. ¿Nadie en el mundo
- «Te puso valladar? el pié yo asiento,
- «Y... no pasas de aquí. Mi ronco acento
- «Acalla tu rugido furibundo.
- «¡Atrás! atrás! ¿no basta que iracundo
- «Yo te lo mande, que quien soy me siento?
- «¿Quiero otra vez henchir el firmamento,
- «La frente en Dios, la planta en el profundo.»

Así, como león en calentura,
 Brillas de la mar alborotada,
 Gritó Napoleón en Santa Elena.
 El dique de su indómita bravura
 Quiso oponer al mar, y una oleada
 Caddyer le arrojó sobre la arena.

V. BARRANTES.

(1) Las que van señaladas al margen, son las que se comprenden en el tomo publicado en 1728, titulado *Obras cómicas y líricas, didácticas y humanas* de Don ANTONIO HURTADO DE MENDOZA.



NOTICIAS DEL PARNASO.

En la márgen de Higocrene
 peinándose el rubio Apolo,
 gran tocador de guitarra
 y literato de á folio,

Dábase á los traductores,
 que es cual darse á los demonios,
 porque al mirarse en las aguas
 halló un desierto en su rostro.

«Júpiter, quiero patillas,
 gritaba alzando los ojos;
 que poeta sin bigotes
 es como murga sin hombo.»

En esto oyendo alaridos,
 voces, gritos y sollozos,
 dijo: «Serán mis doncellas
 que se sacuden el polvo.

Querer mugeres calladas
 es pedir peras al olmo:
 las mas bellas desde lejos
 á de cerca un rato solo.

Apuesto á que están ahora
 con las faldas en el moño,
 hechos guantes los zapatos,
 medidos á piés los rostros.

Cada cual tiene un capricho
 que defiende con eucamo,
 y caprichos de mugeres
 son humanos purgatorios.

Terpsicore la graciosa,
 lengua larga y traje corto,
 muy preciosa de bolera
 se ompeña en bailar el polo.

Dice que nubes y gases,
 pantorrillas y accesorios
 dando dinero al teatro,
 quitan al hombre el meollo.

La Alegre Doña Talía
 sostiene que gusta á todos,

traducida para unos
y andaluza para otros;

Que ya enriquece la lengua
con galicismos muy gordos,
ó ya á fuerza de toreros
convierte en toril el foro.

La musa de las charangas,
organillos y piporros,
que hace ladrar á los perros
y dar saltos á los sordos,

La que á las chatas fregonas
(vulgo domésticos loros),
cobradoras de la sisa,
inspira dolientes tonos,

Doña Euterpe quiere un traje,
que ha de cansarla muy pronto,
hecho de tela gitana
y de vaudevill los forros;

Con él compondrá zarzuelas
que son, si no me equivoco,
tonadillas por buen nombre,
sainetes malos por otro.

Doña Clio está escribiendo
(porque aquí escribimos todos)
historias de diputados,
banqueros, grandes y cómicos.

Melpomene gime y llora
entre diez actos y un prólogo,
oliendo á sangre y puñales,
venenos y calabozos.

Dice que en traje andaluz
trocar quiso el manto propio,
y estaba como un *franchute*
que va de majo á los toros.

Doña Eloquencia Polimnia
nos hace hablar por los codos;
que charlatan y elocuente
se tienen hoy por sinónimos.

Doña Caliope, viuda
de militares heroicos,
está en las clases pasivas,
sufrir mucho y comer poco.

Y cual pobre vergonzante
suele pedir un socorro,
tan triste y desfigurada
que á veces no la conozco.

Erato, musa de amores,
zágales, prados y arroyos,
por acostarse con niños
salió cual sabeis vosotros.

Dió por su desgracia número
á comilones de fósforos,
pretendientes de sepuleros,
abrazos, duelos y robos;

A moctos holgazanes
con un cerebro de agosto,
que hacen versos á la muerte
y á las muchachas el oso.

Doña Urania la embustera,
musa de ciencias y astrólogos,
directora de compases,
niveles y microscopios,

Anda en un ferró-carril
con diez pares de anteojos,
no perdiendo la esperanza
de ver volar el coló.

Aquí llegaba Apolito
cuando creció el alboroto
y oyó lo de «¿ mucha honra,
con el «¿ somos ó no somos?»

Por poder ver sin ser visto
se escondió detrás de un tronco,
palco que en tales funciones
era para el dios de abono.

Y alargando el *coram nobis*
vió de gusto y de asombro,
al ver un sol en el cielo
y en la tierra siete ú ocho.

José GONZALEZ DE TEJADA.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IV.

LA RESOLUCION TEMERARIA.

Cuando se vieron cercados
de alguaciles y corchetes,
de plumas y de linteros,
de rapadas y de broqueles.

(Queredo.)

Dejemos pues por un momento al dichoso Pepito entregado á sus dulces ilusiones, y pasemos á ocuparnos de la sin par Rosita, á quien nuestros lectores desearán ya conocer de mas cerca. Era esta jóven lo que puede llamarse una excelente muchacha, sin otro defecto (si es que tal se quiere que sea) que el tener diez y ocho años. Aquella edad, que en nuestros dias pudiera equivale á algunos años menos en cuanto al conocimiento de ciertos fenómenos de la organizacion social, habia creado en su ardiente imaginacion ideas un si es no es novelescas, que no era poderosa á reprimir del todo la severa y rígida educacion peculiar á su siglo, y que se hallaba además en perfecta consonancia con el carácter de Doña Estefanía y con su edad, naturalmente poco propensa á la indulgencia para con la juventud. Rosita, como todas las que se ballan en su caso, se habia creado un mundo á medida de su deseo: á falta de conocer seres reales, tales coales son, se habia forjado seres ideales, capaces de sentimientos puros y eternos, fieles á toda prueba y ajenos de infamia y de mentira: era en suma lo que se llama un corazon nuevo, con todas aquellas ilusiones que marchita después el desengaño; un corazon puro que no habia salido aun del limbo social. No es pues extraño que en su primer paso en el mundo creyese haber descubierto en Currito, á quien ya conocemos, aquel perfecto ente de razon que necesitaba su alma, entregándosele toda en cambio de ciertas apariencias cuyo verdadero valor no se hallaba todavía en el caso de saber apreciar suficientemente.

Creemos necesarios estos datos para hacer conocer á nuestros lectores que no pudo ser un efecto de lo que hoy llamamos coqueteria su conducta en la pasada tarde, tan fecunda para ella en acontecimientos extraordinarios, y cuyo verdadero origen veremos mas adelante. Y ahora, continuando nuestra historia, diremos que con aquella impaciencia tan natural como disculpable en una jóven, esperó la llegada de la noche, y con ella la apetecida vuelta á casa: encerróse, una vez en ella, en su apartada habitación, reconoció prontamente las rendijas de la puerta, tapó con cuidado el agujero de la cerradura, abrió la carta, y leyó de esta suerte, no sin interrumpir muchas veces la lectura para volver á registrar de nuevo, al menor ruido que le pareciese oír.

«Adorable Rosita: Dudoso aun de que esta carta pueda llegar hasta V., no he vacilado sin embargo en escribirla, á cuyo atrevimiento me autorizan extraordinarias circunstancias. Por ahora me está vedado el hablarla; pero mi corazon, que es todo de la bella Rosita, si no se satisface cumplidamente con este medio, único que la suerte le concede, halla por lo menos en él aquel placer inefable de dirigirse al solo, al eterno objeto de un cariño á prueba de las dificultades, y superior á los humanos obstáculos. El genio protector que me dirige, y en cuyas manos flo mis esperanzas, no dudo que hará por mi todo lo que resta en una empresa que conceptuo todavia ardua y difícil. Finalmente, si algo puede con V. cuanto por su amor padezco; si me juzga digno de obtener una letra sola de consuelo en mi penosa incertidumbre, puede valerse del mismo medio que empleo para hacer llegar esta á sus manos, pues de ninguna otra persona me atrevó á fiar mi dicha.»

La carta, según las instrucciones recibidas, no llevaba firma alguna.

El primer billete amoroso es un acontecimiento de aquellos que forman época en la vida de una jóven. Desgraciadamente nuestra Rosita no tenía amigas intimas á quien enseñarlo, y nos persuadimos, con permiso suyo, de que esta última circunstancia debió de haberla mortificado: y decimos esto porque en aquella edad los placeres y las penas tienen un carácter comunicativo é ingenioso, que los hace parecer imperfectos sin la participacion, no siempre franca y sincera, de las personas que suponemos interesadas en nuestra felicidad.

Como mas larga detencion pudiera haber despertado sospechas en la harto suspicaz Doña Estefanía, guardó cuidadosamente el billete la inquieta Rosita, tomándose tiempo para meditar una respuesta, que ella juzgaba forzosa en vista de las circunstancias en que ambos se encontraban á la sazón: pasó pues á buscar á su madre, esforzándose á

reprimir la agitación visible en que la había puesto aquel primer paso, cuya imprudencia no se le ocultaba.

Imposible nos ha sido hallar copia alguna de la carta que, en contestación á la anterior, puso Rosita en manos de su enamorado por el mismo medio que este le indicaba: lo único que nuestras esquisitas diligencias han podido averiguar, es que la dicha misiva, tal cual salió á luz después de haber sido otras dos ó tres, contenía las más halagüeñas esperanzas, si bien expresadas con aquella prudente reserva y decorosa circunspección que tan bien sientan al bello sexo, puesto que en ellas se funda el prestigio de su poder. Por lo demás, unos garapatos por letras, una tinta confeccionada con borras y agua del poco, una ortografía africana, y en la posdata un perdón por la mala pluma, constituían la parte accesoria de este billete, y quizá no la menos apreciable, puesto que todas aquellas cosas son para los enamorados un índice de los afanes, de los suspiros, de los riesgos que cuesta su amor á la que es objeto de él; sabe que su querida padecía por causa suya persecución bajo el poder de aquel Diocleciano con coaguas, y esto es una excelente salsa para el cariño: hé aquí por qué afirmamos que los amantes dan un valor muy real y muy positivo á todas estas circunstancias; puesto que en cada una de ellas creen descubrir algunos nuevos quilates de valor en la joya á que aspiran.

Pasáronse así algunas semanas: tres ó cuatro cartas mutuamente recibidas, en nada podían alterar la extraña posición de ambos jóvenes, y Dios sabe hasta qué punto hubiese llegado esta estéril correspondencia, si acontecimientos imprevistos no hubieran acelerado rápidamente el desenlace de estos embrollados amores. Sucedió pues que al cabo de este tiempo entró una mañana en casa de Doña Estefanía una mujer de edad, algo menor que decentemente vestida, y habiendo obtenido el hablar á solas con la señora, pasó entre ambas el siguiente coloquio:

—Buenos días, vecina (dijo la recién venida), V. extrañará mi visita; pero cuando se trata de la honra y buena opinión de las personas á quienes una aprecia, no ha de repararse en lo menos. Sepa V. pues, señora Doña Estefanía de mí alma, que las malas lenguas de Cádiz han dado en publicar los devaneos de su hija Doña Rosita, y que las gentes de razón y temerosas de Dios están escandalizadas al oír que una señora tan cristiana y tan buena como V. no tome sus providencias para que ese tono de la montera no le quite por mas tiempo á la niña sus colocaciones, y no dé que hablar al barrio. Yo en todas partes saco la cara por V.; pero ayer en la novena no se hablaba de otra cosa, y en verdad que no le hacían á V. favor: díjose allí que Rosita recibía cartas de uno de esos muñecos, y en un duelo lo afirmó antes de ayer quien lo ha visto con sus ojos. En tal caso, he creído que los deberes de vecindad me obligaban á prevenir á V. de lo que sucede.

Sacó en diciendo esto su caja de cucarachero, y tomando con los cuatro primeros dedos un razonable polvo, esperó la respuesta de la irritada vecina.

No eran del todo nuevas para esta la mayor parte de las noticias que le daba la chismosa vecina; pero sabía mal, sin embargo, el que se las viniesen á decir en su propia cara; y así, tratando de eludir la principal acusación, le respondió:

—Señora Petra, mal me eslará el decirlo; pero la pura envidia es la sola causa de esos cuentos que V. dice andan por ahí con respecto á mi niña; ¡buena madre tiene ella para consentirle ni disimularle semejantes deslices! Así que puedo V. decir en la novena, y en donde quiera que niga hablar á esas gentes caritativas y temerosas de Dios, que la hija de Doña Estefanía no tiene mas falta que el ser bonita y contar diez y ocho años: falta bien grande para algunas amigas de V.

—Parecía que no está V. muy en lo cierto, replicó la otra después de haber sorbido un polvo: una cosa es que yo tape los defectos de las casas ajenas, y otra cosa es que los ves y los toque. Digolo porque es obligacion mia, como cristiana que soy, el decirle á V. lo que hay aquí dentro, y hasta qué punto alcanzan las niñas de hoy día. Pues, señora, quiero que V. sepa que habrá cosa de un mes, ó poco mas, hallándose una noche V. y su hija sentadas en el balcón, y dando sendas calvezadas por el sueño y por el fastidio, me pareció oír en la calle una tos seca que á la legua mostraba ser cosa de soña. Yo estaba usualmente en la ventana, como me sucede siempre que hay algo que ver en la vecindad, y á la luz de la luna descubrí que el fugido asmático era un majo que miraba atentamente al balcón; en aquel momento entró V. en la sala á tomar su abanico, y aprovechándose Rosita de este solo instante, se levantó, asomose á la baranda, y en el mismo punto voló hacia la calle una cosa blanca, aunque no sé si fué caída por casualidad ó arrojada adrede: recogió el mozo, y vi entonces muy bien que era un pañuelo. Antes de un minuto ya estaba V. en su puesto, y él no parecía en toda la calle.

Por puntos entolerizábase al oír esto Doña Estefanía; pero á un terminante yo lo es, toda réplica era infructuosa, y así fué necesario cambiar el plan de defensa. Procurándose pues repóser un poco, le habló en estos términos:

—Quiero ser franca con V., vecina, y por lo mismo no le negaré

que algo de eso, aunque no todo, se me había alcanzado; pero, á Dios gracias, ese monuelo está preso hace días y esto me tiene tranquila.

—Eso dijeron, contestó la señora Petra; pero la verdad, yo no lo creo, puesto que después de su prision ha venido de noche á dar música á Rosita, y el no temiese hacer mal juicio diria tambien que habló con ella por la ventana.

—¿Pero V. qué es lo que vio? interrumpióle Doña Estefanía.

—Vi y no vi, porque aunque divisé dos hullas en la reja, uno por dentro y otro por fuera, la oscuridad no me permitió distinguir bien á nuestro hombre; pero ¿qué otro había de ser? Yo irritada al verlo y al oírlo, y figurándome que hacia á V. un servicio, vacié sobre el atrevido enamorado... ya se figurará V. lo que vacié; con lo cual se alojó de allí á buen paso.

Marchose en diciendo esto la vecina, dejando á la burlada madre echando chispas por los ojos de pura cólera y meditando proyectos de venganza.

Borrascosa, como pueden figurarse mis lectores, fué la entrevista de Doña Estefanía con su hija, y en la cual no escaseó aquella ni las expresiones mas violentas ni los mas brutales tratamientos. Resagada y paciente en la apariencia, sufría Rosita aquella tempestuosa escena; pero ¿qué alma hay que no se exaspera cuando así se abusa de derechos, que por mas sagrados que sean, tienen limites en la razon humana? Lo que la dulzura, amida á un saludable rigor, hubieran podido alcanzar, se hizo imposible ante un castigo desproporcionado á la falta; y aquel corazón, sobrado de altivez, no pudo menos de rebelarse en secreto contra la mano que la vilipendiaba. En fin, la madre vivamente irritada por el obstinado silencio de Rosita, la despidió con estas palabras:

—No quiero en mi casa ni á mi hijo una hija mala y deshacedora: dentro de ocho dias marchará V. al convento donde se ha educado, de donde no volverá sino para casarse con quien yo tenga por conveniente.

Dicho esto, cada una de ellas marchó á su habitación respectiva.

Dejemos ahora en la suya á nuestra interesante niña flotar amargamente, y dejemos hervir su imaginacion en proyectos y en aventuradas resoluciones, para ocuparnos de D. Pepito, á quien los hados guardaban tambien un día de desventura.

Sentado una mañana en el escritorio de su padre, con el libro de caja abierto sobre la carpeta por mas disimulo, leia por centésima vez la última carta amorosa que le había entregado Rosita, haciendo por entonces un sabroso paréntesis al pain de campecho y á la callosa, cuando oyó cerca de la puerta los acompasados pasos de D. Braulio: cerró precipitadamente el libro, arrojándolo á un lado, y se puso á estudiar una comenzada carta para el correspondal de Guayaquil. En esto el viejo, á quien llevaban allí ciertas dudas sobre una especulación, entró pasadamente, dirigiéndose al malaventurado libro de caja, y abriéndolo, topó, como era natural, con aquel inoportuno registro que Pepito había dejado dentro: echó D. Braulio los ojos sobre el papel, y dijo:

—No conozco la letra de este correspondal; de dónde es?

Un rayo que hubiese caído sobre el enamorado mozo, no le hubiera dejado mas aliento: trató de enmendar su yorro; pero era tarde, pues ya se adelantaban en las baricas de su padre un par de ferros espójolos, merced á los que pudo leer con harta dificultad estas primeras palabras: *Bien mio: Puesto que debo firmar en la honestidad de sus intenciones...* Al llegar aquí soltó la carta D. Braulio como si le quemase los dedos, y volviéndose á su hijo le intercaló así con voz de trueno y con entrecejo cruzado de ira:

—¿Qué diablos de honestidad es esta en un libro de caja?... ¡Bien mio en un escritorio!... Esto es una profanacion mercantil, y que yo castigaria limándote el libro á la cabeza, si no fuera porque vale mas que tú...

Á la osenaza hubiera indolentemente seguido la obra, á no ser por aquella reflexion del valor intrínseco respectivo que era para él tan poderosa, y porque Pepito, aprovechándose de este momento de incertidumbre, le replicó en estos términos:

—Pero, señor, esa carta no es mia, ni para mí, y yo no tengo la culpa de...

—Pues entonces ¿de quién es?

(Continuará.)

JOSE GONZALEZ DE TEJADA.

LA TERBA DE VIRTUDES.

Cuento.

I.

Ya que es preciso para satisfacer tu antojo que yo te cuente un cuento á cuyo arrullo puedas conciliar el sueño, que tenaz se niega á brindarse dulce bálsamo, prepárate á escucharlo, querida mia, uno de los que allá en mi niñez oia de boca de mi abuela, cuando sentada en el rincón de la chimenea con la cuerda en la mano, presidia y ameni-

zaba las reuniones de la familia, que cobijada por la inmensa campana de nuestras chimeneas extremeñas, confortada por el vivo calor que de sí arrojava la media encina que en el hogar se consumía, atenta esperaba el toque de las ánimas, hora de la cena, del rosario y del reposo.

En aquella época en que el lamentable atraso de nuestra civilización no permitía las benéficas empresas literarias, que á dos cuartos el pliego de impresión nos proporcionan la dicha de obtener *El judío errante*, *La reina Margarita*, *Las memorias del diablo*, y tantas otras novelas morales y recreativas con las cuales se instruye y solaza nuestra juventud, ya se sabía que á falta del *Quijote*, el *Gil Blas*, *Las aventuras de Bertoldo y Bertoldino*, terminadas que eran las preguntas y respuestas acerca de las faenas del día, amos y criados formaban el auditorio de la que entonces se llamaba la señora mayor, y á quien se le llama también hoy la señorita, aun cuando tenga mas años que Matuzalen; que esta es otra de las ventajas que debemos al empujido al lamentable atraso de nuestra civilización.

Pero dejando á un lado digresiones que á ti te fastidiarían y á mí no me cuadran, ayé uno de los cuentos que mi abuela nos contaba, y que llamaba la buena señora el de *La yerba de virtudes*.

Pues señor, érase que se era una madre y un hijo. La madre se llamaba Cármen, el hijo Juan, y los dos vivían en una de las casas que limitan las de Badajoz por el lado del mediodía. Hijo y viuda de un pobre soldado que murió en las guerras que se trabaron cuando el francés y el austriaco se disputaban la corona de España, los pobres no tenían para vivir otra cosa que lo que daba de sí la soldada, que como pastor ganaba Juan, estas para atender á sus necesidades ordinarias, é insuficiente para procurar los remedios que aliviasen á Cármen de la enfermedad que hacia mas de un año la aquejaba, y que la habia postrado hasta el punto de no poderse mover sin auxilio ajeno de la silla que constantemente ocupaba en el rincón de la chimenea de su reducida casita.

Esta, como la mayor parte de las que habitan la clase jornalera extremeña, constaba de dos habitaciones: la cocina, que por un lado daba paso á la aljofa, y por el otro á la colada ó pasadizo, donde se depositan las herramientas de la labor, y que trasforman en dormitorio el jefe de la familia ó los demás hombres que hay en ella en los casos de enfermedad ó de multiplicación de las mugeres. De la colada se pasaba al corral, el cual por medio de un cobertizo que tenia en uno de sus ángulos, era á la vez cuadra, jardín donde florecía un rosal, una mata de claveles y otra de alfileres ó de mejorana, y estercolero ó basurero de la casa.

En aquella de que á la sazón vamos hablando, á la débil y vacilante luz que despedía la llama de tres ó cuatro ramas de encina que ardían en el hogar, se veía á la pobre viuda acurrucada en un rincón acariciando á una cabra, que con las manos dobladas y descansando la cabeza en la falda de su ama, de cuando en cuando levantaba hacia ella su mirada, y parecia que con el aliento quería vivificar aquel cuerpo quebrantado, y animar aquella faz dolorida; y á un gato que avido de la predilección que mostraba su ama por la cabra Azucena (como la llamaba el bueno de Juan), repetidas veces desalojaba el lugar que ocupaba inmediato á la lumbre, y pasando y repasando con el rabo empinado, arqueado el espinazo, rozándose con las patas de su ama, en son de queja maullaba hasta que, despechado sin duda por lo vano de sus esfuerzos, se alejaba y volvía á ocupar su primitivo puesto, en donde con el hocico metido casi dentro del fuego quedaba en completa inacción.

Entre tanto la noche se adelantaba fría y lluviosa. El aire que se estrellaba en uno de los ángulos de la chimenea, producía un sonido agudo y prolongado, y las tejas mal aseguradas, ó levantadas en algunos sitios para facilitar la salida del humo, al chocarse impelidas por el viento, imitaban el ruido que causan los huesos al tomarse unos con otros, contribuyendo á aumentar la confusión de sonidos que se oían, los que sonoros y chisporroteantes, formaban las gruesas gotas de la lluvia que por la chimenea encima de las brasas caían.

—¡Jesús! cuánto tarda mi Juan... Ya deben haberse cerrado las puertas de la ciudad. Dios mío! ¿si le habrá sucedido alguna desgracia?...

Tales fueron las primeras palabras que pronunció la pobre viuda, al cabo de una hora larga que hacia se habia despedido de ella María, hija de una de sus vecinas, y jóven tan linda como honesta, que la acompañaba largos ratos durante el día, que pasaba Juan cuidando de sus cabras.

Si la compañía que María le prestaba era solo una obra de caridad, ó si el verdadero móvil era un sentimiento mas egoísta y profano, cosa es, querida mía, que no te sabré decir; pero es lo cierto que un día en el que se habian encontrado en un baile Juan y María, porque esta bailó un fandango con otro mozo del barrio, Juan puso una cara como si á suerno quemado olierá, y dicen que no se le volvió á ver sin ceño, hasta una mañana que al salir en busca de su ganado recibió de María un empujón, y el encargo de que la trajese una cosa para fuerla en el baile del domingo.

Por lo visto algo de lo que pasaba en el corazón de los muchachos debía haber sorprendido la pobre enferma, cuando recibía todos los agasajos y cuidados que la prodigaba María, sin expresarla de palabra su agradecimiento, que se revelaba sin embargo en unas miradas tan tiernas y tan expresivas, que ponían las mejillas de María del color de la grana, y la engendraban un humor mas alegre que unas castañuelas. Dios mío! esta ternura no puede ser ya por bien... Virgen de la Soledad! volvió á decir la madre Cármen, y sus ojos se humedecieron, y sus labios empezaron á moverse dando salida al susurro de una ferviente oración.

Los pasos de una persona que por la calle se acercaba interrumpieron aquella, y el corazón de la pobre enferma saltó dentro de su pecho con el mismo brío con que la cabra levintándose sobre las piedras, saltó con un brinco la distancia que la separaba de la puerta, y empezó á arañarla con las pezuñas hasta que la sintió moverse sobre sus galletas, y dejar franco paso al bueno de Juan.

De tez morena, cara ancha, ojos negros y rasgados, patilla poblada, negra y lustrosa, talla mediana, ancho de pecho y espaldas, de piernas y brazos nervudos, rayaba Juan en aquel entonces en la edad de los veinte y cinco años. Su semblante, en el que ordinariamente brillaban la franqueza y la serenidad, revelaba en aquella noche una expresión de amargura y de rencor, que argüía en favor de la exactitud con que su madre habia presentado la ocurrencia de alguna desgracia; y con efecto, hondo pesar aquejaba sin duda al pobre mozo, cuando luego que hubo dado las buenas noches, y besado la mano de su madre, cuyo desplomado en una silla tendábase la cara con las manos.

—¿Qué tienes, Juan, qué te ha sucedido, hijo mío, vienes malo? le preguntó atenta la pobre viuda.

—Nada, madre, no tengo nada, estoy bueno, ojalá que ya me hubieran muerto!

—Juan, qué dices? Acaso te se ha ido el juicio!

—Quisiera Dios!... Así no me sucedería lo que me está sucediendo.

—¡Jura! ¿y entonces que sería de mí?

—Oh! pues si no hubiera sido por V... á la hora esta el que tiene la culpa puede ser que me las hubiera ya pagado... y con creces.

—Juan, hijo, qué pensamientos son esos! ¿Quieres que me muera de pesadumbre? Pero vamos, por los clavos de Cristo, di que ha sucedido?

—Que mañana no sé ya por dónde he de meter la cabeza para que comamos un pedazo de pan.

—Pues qué, tu amor!...

—Me ha despedido.

—Y por qué?

—Por qué!... como siempre se quiebra la sogá por lo mas delgado, y unos se comen los hijos y á otros se les ahoga la boca... yo he venido á pagar la diversion de ese señorito á quien llaman el indiano. Hoy iba cazando por donde yo estaba con el ganado... y en lugar de llamar á sus perros cuando vió que la tomaban con las cabras, empezó á azuzarlos, y... pues, qué habia de suceder? entre degolladas y perni-quebradas, me han estropeado quince. Yo, como era razon, empecé á dar voces para que llamasen á la recoba... pero al, que si quierces... el se reía, se reía como un condenado... y porque vió que yo teniendo otro remedio, empuñé á palos con los perros, y le malé dos; él y su criado se vinieron encima con las escopetas... y gracias que la cosa no pasó mas adelante... Me atropellaron con los caballos.

—Ellos! Dios los perdone.

—Y como yo no pude echarle mano á las riendas, los señores se anieron, saliendo jurándomelas, y prometiéndome que me habia de ver en una galera. Después el amo, cuando fui á contarle la pasada, en lugar de ponerse de mi parte como era razon, me ha llamado de picaradas, me ha puesto en la calle, y lo que es mas, me ha dicho que á cuenta de las cabras que le han matado, se queda con las seis nuestras... de manera que... qué hacemos mañana?...

—Allá veremos, hijo mío... Dios nos abrirá puertas de claridad; y para que veas que no nos ha abandonado, has de saber que hoy he estado aquí la tia Colasa, aquella tan viejecita, ya te acordarás, y me ha dicho que con una yerba que se cria en el castiño junto al polvucín, me pondrá buena al instante. Entonces sacamos dos para ganarlo, y ya verás cómo salimos de ahogado.

—Una yerba? Y cómo es, madre?

—Es pequeñita, con la hoja rizada... Mira, esta es la muestra que me ha dado para que la podamos conocer.

—Lo malo es que si no se cria más que en aquel sitio, no sé cómo nos hemos de valer para cogerla. El centinela no dejará entrar á nadie.

—Bueno, mañana pensaremos lo que hemos de hacer; vámonos á acostar ahora, que buena necesidad tendrás de dormir.

Por mucha que fuera la necesidad que Juan tenia de reposo, difícil es comprender que los sucesos que por él habian pasado en espacio de pocas horas, estaban su esperanza y aguijoneaban su rencor hasta tal punto, que lejos de dormir, inquieto y desahogado se volvía y re-

Volvia sobre su pobre cama, cual si acostado estuviera sobre una de espaldas; y sin embargo, en favor del pobre muchacho debo decirte, que más trabajaba en su imaginación el deseo de encontrar los medios para facilitarse la yerba que había de volver la salud á su madre, que el que sentía de vengar los insultos y riños que había recibido del opulento italiano; así es, que al fin concluyó por forjar el siguiente raciocinio.

La tía Colaza usará que mi madre se pondrá buena con una yerba que se cria en el castillo... De día no podré cogerla del sitio en que se cria, porque el centinela no me dejara... Habrá algun señor que manda allí, de hijo; pero como yo no lo conozco, me sucederá con él lo que con el centinela... Cogiendo la yerba, yo no le quito nada á nadie; pero como mi madre es así para ciertas cosas, si la digo que voy á cogerla sin permiso del que allí manda, no me deja, qué, ni por pienso, aunque supiera morir... y ello es preciso que ella tenga la yerba al instante... no tengo mas remedio que ir á buscarla de noche... y mientras mas oscura sea, mejor... Esta noche está como boca de Job... Pues, señor, lo que se ha de asar se frie; vamos á ello... Y diciendo y haciendo, en menos de un periquete se vistió, se vistió, cogió una azada, y despacio, calladito para no despertar á su madre, abrió la puerta, salió, la volvió á cerrar, se santiguó, y resuelto tomó por la calle arriba en dirección del castillo.

Aun en los tiempos felices que alcanzamos, en los cuales no podría darse una capital de provincia que no tenga alumbradas sus calles siquiera hasta las diez de la noche en el invierno, y las once en el verano; pasadas estas horas, y mas si es en aquella estación, es bien seguro se logrará á veces recóver toda la población sin encontrar alma viviente. Figúrate, querida mía, qué sucedería en los tiempos en que el buen Juan iba á buscar la yerba para su madre.

Entonces, tomadas que eran las ánimas, si alguno recorria las calles, provisto por supuesto de su correspondiente farol, bien se podía apostar á que era en demanda de algun galeno, ó del brehaje que él hubiese recetado; porque los galanteadores, cuando no salian en comulgata á reír con alguna roncacha los castos oídos de sus dulcianas, salian en las altas horas de la noche, envueltos en una sábana con una luz en la cabeza y dando espantosos alaridos que corroboraban á las crédulas gentes en la idea que tenían de que por tales ó cuales calles andaba un fantasma.

Por algo entraba en las sensaciones que experimentaba Juan durante su camino, el temor de encontrarse con alguno: así es que cuando al desembocar en la calle del Cristo de los Alfigidos vió la tremula y opaca luz que despedían los dos faroles que alumbraban la imagen divina que da nombre á la calle, notó que el sombrero no se ajustaba en la cabeza como siempre, y sintió que las mangas de la chupa le estaban más anchas de lo que él creía. El conocimiento de la causa y el lugar alejaron de su alma el recelo, y confiado, si no sereno, se adelantó hasta llegar frente á la divina imagen.

En cualquiera otra circunstancia de su vida en que hubiera pasado Juan por aquel sitio, siguiendo la costumbre que aprendió de sus padres, se habría desahogado y rezado un Credo; en aquella, hincada la rodilla en tierra, con el sombrero en la mano, dió principio á una ferviente oración.

Confortado por la palabra divina iba á emprender su camino nuevamente; cuando el débil lloro de un niño, que oyó junto á sí, lo dejó inmóvil, cual si sus piés hubieran echado raíces en el suelo.

—Dios mío! qué es esto? dijo Juan; y su vista, despues de haber abarrotado rápidamente todo cuanto le rodeaba, se fijó en una cecia colocada á pocos pasos delante de él, y dentro de la cual se distinguian las torneadas y graciosas formas de un niño.

—Ángelito! quién habrá sido el corazón de piedra que te habrá dejado aquí en un lugar tan solitario, y en una noche tan fría!

Y diligente corrió el buen Juan adonde estaba el niño, se desahogó la chupa, y tapándole con una de las solapas, empezó á besar su tierno semblante, que reanimado con el aliento y el calor del bueno de Juan, se sonreía con esa dulzura infinita con que solo sonríen los ángeles del Señor.

Pasados los primeros instantes, el primer pensamiento que se ocurrió al pobre mozo fué la duda de lo que había de hacer con aquella criaturita.

—Pero, señor, ¿qué hago yo ahora con este ángelito... dónde lo llevo? A casa del señor cura... si lo entrego yo, me preguntarán mil cosas... no sabré decir mas que lo que sé, y quién sabe lo que me podrán hacer... Si llamo á la casa del señor cura, dejo el niño á la puerta y me voy corriendo, puede ser que figurándose otra cosa no quieran abrir, y el pobre niño se ahogará... Dejarlo donde lo he encontrado... eso no; primero me mate un moro... Caramba! si yo fuera hombre de posibles ya sabría lo que tenía que hacer... Pero si no tengo sobre qué caerme muerto, y mañana no sé dónde podré agenciarme un pedazo de pan... ¿con qué he de alimentar á este pobre niño?... Por vida... Oh! y lo que es solitario á la buena de Dios, no lo auelto... Pero qué digo?... la Azucena... Sí, se acabó, Chiquillo, ya tienes

madre, vamos á casa; la Azucena se encargará por ahora de ti, y mas adelante Dios nos abrirá puertas de claridad.

Y cargado con su niño, con el corazón mas ancho que si se hubieran encontrado la piedra filosofal, dió la vuelta hacia su pobre casita, en donde á él y al llamado los esperaba el amor de una madre y de una abuela.

(Continuará.)

DIAS EN QUE CELEBRAN SUS FIESTAS LOS MUSULMANES.

Primera mente celebran asambleas todos los viernes del año.

El día 8 de *maharran*, primer mes, celebran por diez dias seguidos el asesinato de Orain, grande imán de la Persia; y en este mes están prohibidas las hostilidades, pues hay suspension de armas si no hay grande urgencia.

El primer viernes de *safar*, segundo mes, se juntan los turcos para tratar de asuntos de guerra y sus preparativos. El cuarto miércoles de este mes celebran la santa noche ó la fiesta de la trompeta que convocará á juicio.

El día 11 de este mismo mes, celebran la santa noche y fiesta del nacimiento de Mahoma; algunos califas la celebran seis dias despues.

El 13 de *rabíe*, tercer mes, es la fiesta de la noche santa de la concepcion de Mahoma. El 18 celebran la santa noche de su ascension.

El 13 de *schaben*, octavo mes, es la fiesta de la santa noche del examen ó acciones de los hombres, escritas por los ángeles para presentárselas al divino tribunal.

El mes santo de *ramadan*, y noveno, es de ayuno riguroso, y no comen ni beben hasta despues de puesto el sol. En la tarde y víspera del primer dia del mes siguiente de *schabal*, empiezan á celebrar su pascua ó el gran *Bisrem*.

El 24 de *ramadan* celebran la noche santa de la omnipotencia ó revelacion de misterios de Dios á Mahoma. El 16 de *schah* celebran la victoria ó la batalla de Oud, dada por Mahomet á su propia tribu. El 20 de *schah* la santa noche y fiesta de la particion de la luna por Mahoma, á que se atribuye el titolarse el gran sultan señor de la media luna.

El mes *dul-kaden* es mes de descanso, y el siguiente *dul-kaden segundo* es el de las peregrinaciones; pues creen que en él fué determinada por Abraham la peregrinacion de Ismael su hijo y de Agar, por lo que se denominan como dependientes de Agar, agarenos, y de Sara, sarracenos. En el día 8 de este mes celebran la fiesta de la aparicion de Dios al profeta.

Cálculos.

Son sumamente curiosas las observaciones que hace acerca de ellos Ozanam en sus recreaciones matemáticas. Seis personas pueden ponerse á la mesa de cinco mil cuarenta maneras diferentes. El verso compuesto en honor de la Virgen *tot tibi sunt doter, virgo, quot sidera caelo*, puede recibir cuarenta mil trescientas variaciones, de las cuales tres mil doscientas setenta y seis conservarán la medida de un verso hexámetro. Si doce personas se toden el sitio reciprocamente unos despues de otros, de manera que muden todas las situaciones posibles, se colocaran de cuatrocientos diez y nueve millones seiscientos mil dos diferentes.

JEROGIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Allambra, Jacometrezo, 26.